



## Juntos ante Dios

La Regla del Carmelo coloca la vida litúrgica en el centro de nuestra vida comunitaria, tanto en la práctica como simbólicamente. El oratorio está en el “centro” no sólo arquitectónicamente, sino también como signo de lo que es central para nosotros y se convierte después, allí donde fuera posible, en el lugar de la “asamblea” visible de todos los hermanos.

Se nos recuerda que la liturgia es el medio más importante con el cual expresamos en nuestra comunidad el misterio de Cristo, en cuanto que a través de ella “se realiza la obra de nuestra redención”.

La Regla habla de la Eucaristía cotidiana y de la celebración de la Liturgia de las Horas como algo constituyente de la naturaleza de nuestra comunidad carmelita... La liturgia es la oración común de la Iglesia; es, además, el signo visible de la Orden en oración...

La presencia del Dios viviente en la Palabra, en los sacramentos, en el ritual, en el silencio, en el gesto o en el canto es transformante: cambia la naturaleza de nuestro ser como comunidad.

*Ratio Institutionis Vitæ Carmelitanæ* (2013, 39)



[ocarm.org](http://ocarm.org)



## Comisión General de Liturgia y Oración

Curia Generalizia dei Carmelitani  
Via Giovanni Lanza, 138  
00184 Roma, Italia

 [seggen@ocarm.org](mailto:seggen@ocarm.org)



## ME ACERCARÉ AL ALTAR DE DIOS

(SAL 43,4)

La Liturgia y la Oración como escuela de amor.  
Itinerario propuesto por la Comisión de Liturgia y Oración



La belleza de los edificios sagrados de nuestra Orden va más allá del aspecto artístico y arquitectónico, no depende sólo de las piedras o de los vitrales. Es un espacio a través del cual atravesamos el velo de lo invisible y entramos en el espacio del encuentro con Dios y entre nosotros. Es el lugar de encuentro del pueblo santo de Dios, donde la comunidad cristiana se reúne. Estos edificios hablan también de nuestra historia carmelitana, enraizada en la conciencia de la centralidad de Dios en nuestra vida. Los elementos físicos cautivan nuestros sentidos por sus formas y líneas, la oscuridad y la luz, los colores, las imágenes y otros detalles de su creatividad. En ellos podemos ver y tocar lo que para nosotros es fundamental, una realidad que se sitúa “en medio” de nuestro vivir juntos (Regla 14).

No sabríamos decir con exactitud hasta qué punto la arquitectura da forma a nuestra oración de adoración, pero gracias a ella podemos visualizar la forma que nuestra vida asume en el espacio litúrgico, la manifestación de Cristo, que está en el centro de nuestra peregrinación, como central es la posición del altar, que recuerda a Aquel que es la “piedra angular”. En este contexto, la liturgia

bizantina pone de relieve con toda claridad que el altar es “el lugar de encuentro entre la tierra y el cielo, entre Dios, Creador y Redentor, y el hombre creado y redimido. Es el trono de Dios”. Un autor contemporáneo dice:

“Cada cristiano debe recordar que el altar es Cristo y que él, o ella, es un altar espiritual con la función de tomar parte en la acción de gracias en torno a la mesa común de la asamblea”. Cada elemento, altar, ambón, presidencia y fuente bautismal completa un conjunto dialogante a través de un ritual que nos acompaña en el tiempo y en el espacio y que fortalece nuestra identidad cristiana. En este espacio fuimos iniciados a la vida cristiana (fuente bautismal) y nos pusimos en camino (nave), escuchamos juntos una singular Palabra de fe (ambón), somos guiados y ayudados por la oración (presidencia) y avanzamos hacia el centro para alimentarnos de Dios con el Pan de vida y el Cáliz de nuestra salvación (altar).

La historia del arte sacro y de sus edificios indica la unidad de los “vivientes”, los modelos de vida cristiana, en las imágenes de los santos y de las figuras bíblicas. En nuestra tradición ocupa un lugar especial la Madre del Carmelo (entronizada sobre la asamblea o en una capilla dedicada a ella) y nuestros difuntos (en las tumbas del edificio o en su entorno).

Con independencia del estilo arquitectónico, la sabiduría litúrgica nos enseña a no esconder estos elementos detrás de otros enseres que apaguen o achiquen una belleza que habría de resaltar. Veamos nuestras iglesias como “imágenes plásticas” de la Iglesia como misterio.

Desde los inicios, los hermanos y hermanas del Carmelo fueron invitados a reunirse en un lugar sagrado para elevar la mirada al Señor y a cuanto celebraban “en memoria de Él”. No parece que exista un modelo arquitectónico específicamente carmelitano; las certificaciones históricas señalan una acomodación a las estructuras de cada tiempo (E. Boaga).

La escucha en común de la Palabra, se enriqueció posteriormente con el canto de los salmos, que se hacía alternativamente desde la doble sillería del coro, como manifestando el don recíproco de la Palabra, al estar unos frente a otros, en comunión con el coro celeste que alaba incesantemente a Dios (San Pablo VI).

Mirando todos estos maravillosos espacios litúrgicos carmelitanos, sobre todo las sillerías del coro de algunos lugares como Bolinda (Brasil), Boppard (Alemania), Cracovia (Polonia), Niagara Falls (Canadá), Recife (Brasil), Venecia (Italia) y otros muchos, advertimos que en nuestra tradición, el ámbito litúrgico define los espacios del edificio sagrado a partir de dos elementos: el lugar de la celebración diaria de la eucaristía y el lugar reservado a la celebración de la liturgia de las Horas. Se constata que, al retirarse en la actualidad algunas comunidades a lugares de oración privados, ya no se hace posible aquella alabanza del oficio divino que ha de elevarse “de en medio del pueblo” hasta el trono de Dios.

Como carmelitas, pues, seguimos siendo invitados a “llenarnos de alegría en esta casa de oración... porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos” (Is 56,7). Volvamos a nuestros lugares de culto y renovemos el deseo de hacer visible nuestra alabanza en medio del pueblo valorando estos espacios y orientando nuestra vida a la mayor gloria de Dios.

